

Canto al trabajador extremeño en la diáspora

Y me dijo el cura: Antonio,
a tus paisanos alfabetizar debemos
aunque sean de La Parra
aunque estén de paso, quiero...

Y como estaban paridos en mi tierra
con gusto me fui a ellos;
los saqué de la taberna...
algunos no quisieron
por timidez, por vergüenza, por recelo.

Como no me conocían
dudaban de mi propósito bueno.
Y nos emborrachamos de la tierra
y nos embriagamos de recuerdos.

Y se me llenó el Salón Parroquial
de hombres hechos y derechos:
curtidos de mil soles
y recios de barbechos,
de manos encallecidas
de amasar tan buenos sentimientos.

¡Cuánta campechanía
qué claros pensamientos
qué dimensión cobraba la enseñanza!
de haberlo sido, pero no era cierto:

¡Cuánta vivacidad, cuánto talento,
cuánto cálculo mental, cuánta memoria:
por docenas, por arrobas, por reales...
ellos eran auténticos maestros, y yo...
yo era el analfabeto!

Uno rabia por escribir
a su novia, a sus deudos;
otro me habla de sus hijos
y tiembla la fotografía entre sus dedos.

Y entre «celtas» y vivencias de la tierra.
las clases iban discurrendo.
¡Cuánto afán, cuánto dolor, cuánto...
que no, que no os lo cuento!

Y borran y rehacen la escritura
y garrapatean sus anhelos
y se quiebran la cabeza —los quebrados—
¡ay, quién supiera hacerlos!

Y me hablan de las cosechas, de sus vidas,
de tanto desacierto...
Que aquí andan buscando la peseta
que se resiste a ser amiga de ellos.

Pero siempre presente Extremadura,
doquiera que vayan te lo dicen,
altamente, con hombría; ¡Soy extremeño!
y se les llena la boca de emoción
y el corazón rebrinca en sus pechos.

¿Qué importa la Gramática me dije —,
y la multiplicación y los problemas
aunque no sepan hacerlos;
sabios son de virtudes
aunque la sociedad les niegue un puesto?

—Vaya usted con Dios, amiga—.
—Usted lo pase bien, maestro—
me reverencian cuando paso
junto a ellos.

¡Qué agradecidos son, Dios!
¡Qué hondo el paisanaje en sus adentros!
Y nos tomamos un vaso de vino,
y aunque porfíe, siempre abonan ellos.

—Qué bella persona es—
(comentan entre ellos).
No hay tal, amigo, hermano.
Dijo Dios: Enseñad al que no sabe.
Y yo soy amigo de El
y paisano vuestro.

Antonio ALVAREZ CADENAS

Villalba (Madrid), Enero 1975.

Cómo era considerada la mujer en otro tiempo

El hace algún tiempo una crítica donde el articulista empezaba reconociendo en la mujer idénticas aptitudes que en el hombre desde que ellas frecuentan las Universidades y demás centros docentes. «Porque no existe una razón para hacer frente a esos avances y menos para evitar la lucha, que ellas, mediante el trabajo, la cultura, y el estudio han llegado a igualarse a nosotros».

Hasta aquí apunta bien el crítico. No obstante en cuanto al Arte, no concede idénticas cualidades porque, según él, se requiere como indispensable la intuición y la fuerza creadora, algo que no se aprende en los libros... Y cita, al respecto, una pléyade de nombres relevantes que figuran en la Historia del Arte: Beethoven, Goethe, Cervantes, Velázquez, etc., pero ninguno de mujer por mucho que perdiera los ojos buscando.

Confirma esta inferioridad femenina aduciendo que ellas, como el hombre, manejan el pentagrama, la pluma y los pinceles pero la causa estriba en que la mujer tiene más sentido común, la misma inteligencia pudiendo alcanzar el mismo grado de cultura, pero que el sentido práctico femenino es muy superior al del hombre y esta es la razón por la que sus creaciones se desarrollen con hartas limitaciones.

Lo que no ha reconocido el comentarista es que si algunas mujeres no aparecen en las páginas de la Historia del Arte, no es otra la causa que «ellos», que fueron siempre los dominantes en el tinglado de poner y quitar, nunca lo hicieron con las féminas por aquello de «no tanto monta»...

Me viene ahora a la memoria unas cuantas sufridas mujeres que por el egoísmo de esos mandones de antaño, únicos en dictar leyes, aguantaron las más absurdas de las vejaciones.